

# EL «DASÍPODO» Y LA LIEBRE: PROBLEMAS QUE PLANTEA LA TRADUCCIÓN DE NOMBRES DE ANIMALES EN LA OBRA DE PLINIO EL VIEJO

Eusebia TARRIÑO RUIZ  
*Universidad de Salamanca*

**RESUMEN:** El significado de muchos nombres de animales y plantas en la *Historia naturalis* de Plinio el Viejo es a menudo muy difícil de identificar, tal como sucede por ejemplo con el término «dasipus». En ocasiones estos problemas se pueden resolver mediante la comparación con las fuentes de Plinio. Por consiguiente, «dasipus» no significa un tipo de conejo o de liebre, sino que parece una de las numerosas confusiones de Plinio cuando maneja fuentes griegas. Los traductores escogen diferentes soluciones para dar equivalencias de estos nombres.

**ABSTRACT:** The meaning of many names of animals and plants in Pliny's *Naturalis Historia* is often difficult to ascertain, like the word «dasypus» for example. Sometimes these problems can be solved by collating with Pliny's sources. Therefore, «dasypus» does not mean a kind of rabbit or hare, but appears to be one of Pliny's misunderstandings of the Greek language. Translators choose different solutions to adapt such names.

Las reflexiones que siguen surgieron durante la realización de una traducción de parte de la *Historia Natural* de Plinio. No tratamos aquí de la dificultad de identificar los animales o plantas mencionados en el texto latino de acuerdo con las clasificaciones científicas actuales. Esta labor no corresponde, en principio, al filólogo, en cuyo campo no entran los conocimientos zoológicos ni botánicos precisos para llevar a cabo tal identificación<sup>1</sup>. Nos limitamos a señalar las dudas y las encrucijadas a las que puede llegar quien se proponga verter al castellano un texto de una lengua de corpus<sup>2</sup> en el que aparezcan nombres de animales o plantas.

<sup>1</sup> Por otra parte, existen obras de especialistas —como las de J. André, I. C. Beavis, O. Keller o H. Leitner— que ofrecen tal información en la medida de lo posible, es decir, siempre que los datos que proporcionan los textos antiguos permiten llegar a una mínima certeza sobre el ser vivo al que se refieren los autores. En otros muchos casos, la identificación es imposible.

<sup>2</sup> Es decir, una lengua de la que no existen hablantes que nos puedan sacar de dudas en caso de necesidad, sino solamente un corpus de testimonios escritos de los que hay que deducir el funcionamiento de la lengua y el significado de sus términos. Cf. RAMOS, 1996.

De entrada, tales nombres pueden parecer menos conflictivos para el traductor puesto que designan entidades reales, seres vivos que posiblemente existen hoy como ayer. No se trata de conceptos elaborados por la mente humana, que podrían haber desaparecido en la cultura actual. Sin embargo, el problema lingüístico que plantean al traductor es el mismo: el significado de un nombre que designa un animal o una planta es tan intangible como el de los sustantivos denominados «abstractos» (p. ej. *amicitia*, *uis*). Conviene aquí establecer una elemental distinción entre significante, significado y referente<sup>3</sup>. Así, el significante *leo* tiene por significado la misma idea que el castellano *león*. En ambos casos evoca en el receptor la imagen más o menos precisa de una clase de mamíferos de determinadas características morfológicas. Pero, evidentemente, una cosa es el animal que forma parte del mundo real (el referente) y otra el significado del término. En este sentido el significado de *leo* es tan incorpóreo como el de *amicitia*.

El traductor se mueve en un mundo de intangibles, cambia un significante por otro, independientemente de las realidades que los mismos permiten nombrar. Por eso le resulta indiferente que el ser designado no tenga entidad en el mundo real, como es el caso del ave fénix, el basilisco o las estinfálidas. La inexistencia de tales «animales» —cuyas características morfológicas, por otra parte, Plinio analiza con el mismo rigor que las de los demás—<sup>4</sup> no aumenta la dificultad de la traducción. Al contrario, resulta curioso comprobar que estos seres irreales están mejor «fichados» que los reales: todos ellos forman parte de la literatura y, por tanto, del acervo cultural de Occidente, y cuentan siempre con su propio nombre en cualquiera de las lenguas europeas. Además, en cualquier diccionario de mitología el lector puede informarse sobre los mismos. En cambio, la existencia de referentes en la naturaleza para los nombres de los animales reales no siempre contribuye a aclarar su significado.

## 1. EL PROCESO DE LA TRADUCCIÓN: EL *DASYPUS*, POR EJEMPLO

Desde un punto de vista práctico lo que interesa al traductor es encontrar en la lengua receptora un significante que evoque en el lector actual la misma idea que el término latino evocaba en los contemporáneos de Plinio, ya sea ésta la idea de un monstruo mitológico o la de una liebre. Y estas últimas suelen ser más conflictivas que los primeros, en lo que a denominaciones se refiere.

El primer paso de la traducción es, por supuesto, la comprensión del mensaje: el traductor debe conocer el significado del término latino, pongamos por caso *dasytus* (p. ej. en 11, 229). Pero además —éste sería el segundo paso— necesita encontrar un significante de su lengua cuyo significado coincida con el del término original todo lo posible.

<sup>3</sup> O lo que ULLMAN (1991: 65) llama el «nombre», es decir la configuración fonética de la palabra, el «sentido» o información que el nombre comunica al oyente y la «cosa» o «referente», es decir, el acontecimiento no lingüístico sobre el que hablamos. Cf. también J. DUBOIS ET ALII, *Diccionario de Lingüística*, Madrid, 1983, s. v.

<sup>4</sup> Cf. 11, 121 sobre las plumas que rematan la cabeza del ave fénix o de las estinfálidas, o 29, 66 sobre la sangre del basilisco.

En una obra como la de Plinio el propio contexto permite averiguar en muchos casos de qué clase de animales se habla, pues con frecuencia ofrece descripciones más o menos ajustadas del ser en cuestión<sup>5</sup>. Pero no son menos frecuentes los casos en los que el animal únicamente es mencionado por alguna característica que resulta insuficiente para deducir de qué criatura se trata. P. ej., sobre el *dasypus* Plinio nos dice que es un animal en el que suele producirse el fenómeno de la superfetación<sup>6</sup> (8, 219) y que tiene dientes en las dos mandíbulas (11, 239) y pelo en el interior de la boca y en la planta de los pies (11, 229), lo cual verdaderamente no aclara demasiado las cosas. Por lo demás en los pasajes en los que aparece el *dasypus* también suele figurar la liebre o *lepus*, con la que parece compartir las características antes mencionadas (cf. 10, 179 y 182; 11, 229 y 239); y en 10, 173 Plinio lo nombra junto al *cuniculus* o conejo<sup>7</sup>.

Los diccionarios bilingües consultados confirman la afinidad entre el *dasypus*, la liebre y el conejo: según Lewis&Short es «a sort of rabbit», según Oxford «a kind of hare», y ofrecen las referencias de Plinio que ya conocemos, el único autor latino que al parecer habla del *dasypus*. También Leitner (1972: 110) contempla ambas posibilidades: o bien era un conejo, o un tipo de liebre.

El traductor ha llegado así al final del primer paso. Ahora sabe qué es el *dasypus* o más bien, qué no es: no es la liebre, denominada *lepus*, que aparece mencionada junto al *dasypus* en los pasajes antes citados; tampoco es el conejo o *cuniculus*, igualmente nombrado junto a dicho animal. Es, en definitiva, un tipo de liebre o conejo, muy peludo y prolífico, características ambas que por otra parte no son exclusivas del *dasypus*, pues también podrían aplicarse a sus congéneres.

Queda el segundo paso, es decir, encontrar el vocablo castellano que evoca tal significado en la mente del lector de la traducción. No sirve «liebre» ni «conejo», porque —además de no ser exactos— entrarían en conflicto con la traducción de *lepus* y *cuniculus* en algunos contextos en los que coinciden ambos términos.

Los diccionarios bilingües al uso no resuelven más que parcialmente la tarea del traductor. En efecto, en la mayoría de las voces proponen el significante adecuado para efectuar la «sustitución». Pero cuando no hay tal en la lengua de llegada, siempre pueden explicar el significado y dejar la segunda tarea en manos del traductor. Es lo que hacen, según hemos visto, los diccionarios de latín consultados. Ahora bien, una definición no es un significante y, por lo tanto, no puede ser «encajada» en la traducción de una frase: «el tipo de conejo (¿?) tiene pelo en el interior de la boca y en la planta del pie» (11, 229).

<sup>5</sup> Cf. la plástica descripción del *lucauus* en 11, 97: «...en alguna variedad de escarabajos de mayor tamaño existen unos cuernos muy largos, que se bifurcan en el extremo formando una tenaza dentada que se cierra a voluntad para morder». Parece claro que se trata del ciervo volante.

<sup>6</sup> Como lo explica Varrón (*RR* 3, 12, 4) a propósito de la liebre: *cum habent catulos recentes, alios in uentre habere reperiuntur*.

<sup>7</sup> Por cierto, GOSSEN en su artículo «Hase» (*PW* VII, 2, p. 2.477) afirma erróneamente que en Plinio no aparecen nunca juntos ambos términos, de lo que deduce su identidad de significado.

En este punto el traductor suele lamentar no saber más de liebres y conejos, o de arañas, pájaros, etc., es decir, no tener más conocimientos de las llamadas ciencias naturales. Sin embargo, por lo general, la solución no la tiene el zoólogo sino el filólogo. Al menos en el caso del *dasyopus*.

## 2. UN POCO DE FILOLOGÍA

Dado que los datos que proporciona Plinio sobre el animal son insuficientes para llegar a una certeza sobre su identidad y el nombre que hay que darle en castellano, veamos si la confrontación con las fuentes de las que toma dicha información arroja algo de luz sobre el problema.

La primera vez que aparece el término en Plinio es en 8, 219. Se trata de un pasaje que sigue fielmente a Heródoto. Confrontemos ambos textos:

Heródoto III, 108:

«por eso la liebre, debido a que todo el mundo —fieras, aves y hombres— la caza, es un ser tan sumamente prolífico; es el único animal del mundo que, cuando está preñada, puede volver a concebir. Y así, mientras que en su seno se albergan crías con pelo y otras sin él, nuevas crías se gestan en su matriz, al tiempo que otras van siendo concebidas» (trad. C. Schrader, Gredos).

Plinio 8, 219:

*lepus, omnium praedae nascens, solus praeter dasypodem superfetat, aliud educans, aliud in utero pilis uestitum, aliud inplume, aliud inchoatum gerens pariter.*

«La liebre, que nace para ser presa de todos, es el único animal además del dasípodo que tiene superfetación: cría a uno, llevando a la vez en el útero a otro vestido con pelo, a otro desnudo y a otro que acaba de engendrar» (trad. S. González Marín, Cátedra, en prensa).

Observamos que mientras que Heródoto atribuye la superfetación únicamente a la liebre —a la que denomina *λαγώς*— Plinio añade la mención del *dasyopus*. Tal información la ha leído sin duda en Aristóteles, que en varios pasajes<sup>8</sup> pone como ejemplo de esta forma de reproducción el animal denominado *δάσυπους*. ¿Pero qué animal designa este término griego? Según Keller (1963: 210) *δάσυπους*, literalmente «de pies peludos», es la segunda denominación de la liebre en griego<sup>9</sup>, pues es más usual el nombre de *λαγώς*, que empleaba Heródoto. Aristóteles utiliza los dos nombres, aunque prefiere el de *δάσυπους*<sup>10</sup>.

Parece claro que Plinio ignoraba que la liebre tenía dos nombres en griego: el *δάσυπους* es para él un término de significado desconocido y referente nebuloso, por lo cual, como no encuentra un equivalente latino apropiado, opta por transcribirlo sin

<sup>8</sup> P. ej. en HA 542b 30; 579b 30; 585a 5; GA 774a 30; etc.

<sup>9</sup> Existen además otras denominaciones poéticas que aluden a diversas características del animal, como *πτῶξ* «la tímida», *ταχίνας* «la rápida», etc. (KELLER, 1963: 212).

<sup>10</sup> Cf. *λαγώς* HA 606b 1; 619b 9; en cambio *δάσυπους* HA 488b 15; 539b 22; 542b 31; 579b 30; GA 774a 30 y ss. y muchos pasajes más (cf. los índices de nombres de animales que ofrecen las traducciones de Loeb o Gredos). Según LEITNER (1972: 110) la presencia frecuente de *δάσυπους* en los cómicos hace pensar que era una denominación popular.

más. Añadamos otro pasaje muy interesante que confirma esta hipótesis y nos ilustra sobre la forma de trabajar de Plinio:

11, 229 ...(*pili*) *dasypodi et in buccis intus et sub pedibus; quae utraque Trogus et in lepore tradidit, hoc exemplo libidinosiores hominum quoque hirtos colligens. Villosissimum animalium lepus*. «El *dasypus* [tiene pelo] en el interior de los carrillos y bajo los pies; ambas características se las atribuyó Trogo también a la liebre, deduciendo de este caso que los hombres más lujuriosos son también los de pelo abundante. El animal que más pelo tiene es la liebre».

Después de leer ese trozo uno se pregunta con cierta perplejidad cómo Trogo —del que no conservamos la obra consultada por Plinio— podía deducir del hecho de que la liebre tenga pelo en la boca y en los pies el que los hombres más velludos sean los más libidinosos. Sobre todo cuando en este pasaje Plinio no ha dicho nada sobre el carácter libidinoso (?) de la liebre, que parece la premisa omitida en el silogismo. Esta extraña lógica se aclara si consultamos la más que probable fuente de Trogo, que no es otra que Aristóteles (GA 774a 30 y ss.):

«...como por ejemplo [...] las liebres. En efecto, este animal tiene superfetación: no es de los animales grandes, es prolífico [...] y produce bastante esperma. Lo demuestra su vellosidad; la cantidad de pelo es exagerada: éste es el único animal que tiene pelos incluso debajo de los pies y dentro de las mandíbulas. La vellosidad es una señal de abundancia de residuo, por lo que también los hombres peludos son más propensos al sexo y producen más esperma que los de poco pelo» (trad. E. Sánchez, Gredos).

La confrontación de ambos textos expande y permite comprender el abrupto resumen de Plinio (¿o tal vez de Trogo?). Además, sugiere que Trogo sí sabía que *δάσυπος* era otro nombre de la liebre en griego, por ello lo convierte en *lepus*. Plinio, en cambio, sólo adjudica este significado al término *λαγώς* (como se deduce de su versión del pasaje de Heródoto antes citado)<sup>11</sup>, mientras que convierte sistemáticamente *δάσυπος* en *dasypus*. Es más, está tan convencido de que se trata de otro animal distinto a la liebre, que menciona expresamente a Trogo para descargar en éste la responsabilidad<sup>12</sup> de atribuir a la liebre las características que él sólo encuentra referidas al *dasypus*<sup>13</sup>.

En resumen, ahora sabemos que el término *dasypus* no designa un animal parecido al conejo o la liebre; es simplemente un doblete léxico creado por Plinio, fruto

<sup>11</sup> Añadamos otro pasaje de Plinio (11, 183) en el que únicamente menciona la liebre/*lepus*: se corresponde con uno de Aristóteles (PA 667a 15) en el que ésta recibe el nombre de *λαγώς*. Por lo tanto, ni rastro del *dasypus*.

<sup>12</sup> SERBAT (1973) ha comprobado que la frecuencia con que Plinio cita expresamente el nombre de sus fuentes aumenta en proporción a la desconfianza que le inspira la información que toma de ellas.

<sup>13</sup> Sin duda porque lo ha leído en otro pasaje de Aristóteles, quien dice tal cosa de la liebre en varios lugares: HA 519a 22, «La liebre es el único animal que tiene pelos en el interior de las mandíbulas y debajo de los pies» (trad. J. Pallí Bonet, Gredos). Es posible que Plinio desconociera el original griego del trozo que atribuye a Trogo. En efecto, hay ciertos pasajes de Aristóteles que Plinio parece conocer sólo a través de la versión de Trogo, pues a él se los atribuye: p. ej. la explicación sobre los rasgos de la cara como señal del carácter de las personas (11, 275 y ss.), que Plinio dice reproducir literalmente de Trogo (*uerbis eius subiciam*), es a su vez traducción fiel de Aristóteles 491b 12 y ss.

de su desconocimiento de una palabra griega. Es, en definitiva, un error de traductor. Poco puede decir la zoología sobre animales como el *dasypus*.

### 3. OTROS EJEMPLOS

El texto de Plinio está salpicado de nombres de animales que son meras transcripciones del griego y cuyo significado es dudoso. En los libros 11 (sobre entomología y anatomía) y 29 (remedios derivados de los animales) pueden contarse más de 200 nombres de animales, de los cuales aproximadamente la cuarta parte son adaptaciones del griego.

Además del recurso a las fuentes, que no siempre se han conservado<sup>14</sup>, en muchas ocasiones el propio Plinio proporciona precisiones terminológicas de inmenso valor para evitar malentendidos. Sucede con frecuencia que Plinio, aun sabiendo que existe un término latino equivalente, prefiere el nombre griego, tal vez por ajustarse a la fuente incluso en la forma o por aumentar el caudal de información<sup>15</sup>.

Así, en 11, 98 denomina *lampyrides* a las luciérnagas sin dar más explicaciones. Podríamos pensar que Plinio necesita el helenismo para designar tales insectos porque no hay nombre en latín; pero en 18, 250 aclara que éste es el nombre griego, y que los campesinos las llaman *cicindelae*.

En algún caso tales observaciones evitan la creación de dobles a los traductores actuales, como el que podría surgir de 11, 137 y 29, 117 a propósito del *otus* y del *axio*. En ambos pasajes Plinio habla de un ave nocturna que tiene una especie de plumas a modo de orejas: en 11, 137 se llama *otus*<sup>16</sup>, y comparte esta característica con el búho (*bubo*); en 29, 117 su nombre es *axio* (o *asio*)<sup>17</sup>. La zoología enseña que tales plumas auriculares son propias de los búhos, tanto del búho real (*Bubo bubo*) como del búho chico (*Asio otus*). El *otus* debe de ser, por lo tanto, el búho chico, que Plinio menciona al lado del búho (el búho real, se entiende)<sup>18</sup>. ¿Pero qué podemos pensar del *axio*? Por suerte, en 10, 68 Plinio señala que *axio* es el nombre latino del *otus*<sup>19</sup>.

<sup>14</sup> Además de la obra de Trogo, echamos de menos, entre otros, los textos de Nigidio Fígulo, Sextio Níger o incluso ciertas obras de Cicerón o Plauto que Plinio menciona como fuentes.

<sup>15</sup> De hecho hay nombres griegos que no están atestiguados en ningún autor griego y sin embargo se han conservado porque los menciona Plinio: p. ej. *myloecos* («insecto que vive en los molinos») o *seps* con la acepción de escolopendra, cf. GIL, 1959: 156 y 169.

<sup>16</sup> El nombre es adaptación del griego ὠτός, cuya raíz significa «oreja», y alude al rasgo morfológico más destacado del animal.

<sup>17</sup> Y aparte de las orejas no da más datos sobre su aspecto, pues se trata de un remedio.

<sup>18</sup> Así también LEITNER, 1972: 52, que añade además otra posible identificación.

<sup>19</sup> Por cierto, no nos parece casual que el nombre científico del búho chico (*Asio otus*) combine estas dos denominaciones. No es, por supuesto, un criterio utilizable para identificar los animales nombrados por Plinio pero en algunas ocasiones viene a corroborar la interpretación del traductor. Otras veces, en cambio, es un factor de complicación: mientras que en Plinio *lampyris* y *cicindela* son sinónimos y designan la luciérnaga, los entomólogos utilizan actualmente ambos nombres para referirse a insectos distintos: la luciérnaga (*Lampyris noctiluca*) es una cosa, y la cicindela (*Cicindela campestris*), otra.

En cada página de Plinio podrían encontrarse dos o tres ejemplos similares, pero no vamos a extendernos más en este punto porque aún queda algo por resolver, a saber, la traducción al castellano de estos términos duplicados o, en general, de los que carecen de un referente conocido.

#### 4. LA TRADUCCIÓN DE TÉRMINOS DE REFERENTE DESCONOCIDO

Hemos visto que rastreando los textos griegos y latinos es posible precisar bastante el significado de ciertos nombres de animales. Pero esto es sólo la primera fase de la traducción, como dijimos al comienzo. Ahora que sabemos qué es un *dasytus*, una *lampyris* o un *otus*, ¿cómo llamarlos en castellano?

Las soluciones adoptadas en la práctica por los traductores son varias. Por lo general ninguno se limita a una sola, sino que a lo largo de sus traducciones se observan fluctuaciones en la forma de verter a su lengua esta miríada de significantes problemáticos. Podemos resumir en tres las posibles soluciones:

- 4.1. Emplear la traducción del significante.
- 4.2. Optar por un término de significado aproximado
- 4.3. Adaptar fonéticamente a la lengua de llegada el significante conflictivo.

##### 4. 1. *Asterion* o «estrellita»

Ésta es la solución menos frecuente. Es la que prefieren, p. ej., Gow y Scholfield en su traducción de Nicandro (Cambridge U. P.). En 29, 86 Plinio habla de una araña venenosa llamada *asterion*. Su fuente es Nicandro que, como era de suponer, la denomina ἀστέρτιον (*Ther.* 725). Su identificación es muy problemática<sup>20</sup>. Pues bien, los traductores de Nicandro la convierten en «starlet» o «estrellita». Igualmente, la serpiente no identificada de nombre *haemorrhoides* en Plinio (29, 42) y αἱμόρροος en Nicandro (*Ther.* 282) es en la versión inglesa de este último «blood-letting snake»: su nombre griego es un compuesto de αἷμα «sangre» y ῥέω «fluir», debido a que la mordedura del animal provoca hemorragias en la víctima. En estos casos los traductores no han buscado el término inglés usado para designar ese animal —no está claro de cuál se trata— sino que han traducido el significante.

##### 4.2. *Oryx* o «antílope»

Otra posibilidad es buscar en la lengua de llegada un significante cuyo significado esté próximo al del original, bien porque designe un representante prototípico del género o porque se trate de un animal de la misma familia, aunque tal vez no sea la especie a la que alude el término latino (que puede ser desconocida, por otra parte). Así, el traductor inglés de Plinio (H. Rackham, Loeb) opta siempre por ofrecer al

<sup>20</sup> Cf. la nota *ad loc.* en la mencionada edición de Nicandro; también Gil 1959: 34.

lector un término que le resulte familiar: el *dasytus* se convierte en «rabbit» (11, 229) y el *draco* en «snake» (11, 197). Pero de esta forma pueden perderse ciertas distinciones del texto original: p. ej. el *oryx* (11, 255) y el *bubalus* (11, 222) comparten la traducción como «antelopes». Este problema queda atenuado en una edición bilingüe, como es el caso de Loeb, en la que el lector dispone del texto latino, que le proporciona el término intraducible, y a la vez de la traducción inglesa que le aclara el significado aproximado.

Un caso interesante es el de *phalangium* (11, 72; 29, 84; etc.), adaptación del φαλάγγιον de Aristóteles (552b 26; 622b 28). Los traductores de Aristóteles al francés (P. Louis, Belles Lettres) y al castellano (J. Pallí Bonet, Gredos; J. Vara, Akal) optan por la versión «tarántula», que en efecto es el nombre por excelencia de la araña venenosa y peligrosa para el hombre. No quiere esto decir que el φαλάγγιον de Aristóteles deba ser identificado precisamente con la *Lycosa narbonensis*. De hecho es más bien un término genérico en griego, una araña venenosa de especie indeterminada. Pues bien, la traducción como «tarántula» no le parece adecuada a U. Capitani, el traductor italiano de Plinio (Einaudi). Alega en su contra<sup>21</sup> que Plinio la presenta como una especie desconocida en Italia (29, 84 *phalangium est Italiae ignotum*), algo que desde luego no puede decirse precisamente de la tarántula. La solución por la que se inclina Capitani para traducir el *phalangium* pliniano es la tercera y última de las posibilidades aquí consideradas.

#### 4.3. *Dasytus* o «dasípodo»

La adaptación fonética a la lengua del traductor parece la solución que menos altera la información del texto original (lo cual es positivo: se evita incurrir en simplificaciones o desviaciones del significado), porque es la que menos información da (lo cual es negativo). De hecho, no es una traducción.

Un primer problema es que tales adaptaciones probablemente no evoquen en el lector la imagen de ningún ser conocido: ¿qué es un *buteo* (11, 263)? Un «buteón». ¿Y un *dasytus*? Un «dasípodo», claro está. Y lo que es peor, ningún diccionario de la lengua podrá sacarlo de dudas, puesto que tales palabras no forman parte del léxico español. En estos casos es de rigor una nota aclaratoria que explique el significado del término.

Otro problema a que puede dar lugar la transcripción del término es que el significante que resulta esté ya «ocupado» en la lengua por otro significado que tal vez no coincide con el del original latino. Es el caso de *draco* (11, 122; etc.) que en Plinio designa una serpiente no venenosa de grandes dimensiones, de especie indeterminada (según algunos, una pitón)<sup>22</sup>. La transcripción como «dragón» no es la mejor solución, pues tal significante tiene unas connotaciones muy distintas para un hablante de español: en ningún caso es una serpiente. Por lo tanto, también aquí sería necesario aclarar en una nota la acepción peculiar del término en Plinio. Menos problemático es

<sup>21</sup> Cf. la nota 3 al párrafo 29, 84.

<sup>22</sup> Cf. LEITNER 1972: 111.

el caso del *phalangium* antes mencionado: el término «falangio» designa un tipo concreto de arácnido (*Phalangium opilio*) también conocido como «segador», pero dado que no es tan popular como el dragón, la contaminación que produce el significado propio del término castellano es mínima. Con todo, no está de más puntualizar qué entiende Plinio por «falangio».

## 5. CONCLUSIÓN

En el arca de Plinio se acumulan nombres de animales (y plantas) de todos los géneros y especies, incluso de los que no existen más que en la mente del enciclopedista, como el «dasípodo». El traductor, auxiliado por la confrontación interna (otros pasajes del propio Plinio) y externa (las fuentes en las que se informa), debe determinar en principio el significado que corresponde a cada término. En la traducción puede optar por diversas soluciones que casi siempre exigen una aclaración adicional para la correcta comprensión del texto por parte del lector moderno.

## BIBLIOGRAFÍA

- GIL FERNÁNDEZ, L. (1959), *Nombres de insectos en griego antiguo*, Madrid.
- KELLER, O. (1963; 1.<sup>a</sup> 1913), *Die antike Tierwelt I*, Hildesheim.
- LEITNER, H. (1972), *Zoologische Terminologie beim Älteren Plinius*, Hildesheim.
- RAMOS GUERREIRA, A. (1996). «El estatuto lingüístico del corpus latino: algunas precisiones», en: Agud, A.; Fernández Delgado, J. A.; Ramos Guerreira, A. (eds.) *Las lenguas de corpus y sus problemas lingüísticos*, Madrid-Salamanca, Ediciones Clásicas-U. de Salamanca, pp. 35-52.
- SERBAT, G. (1973), «La référence comme indice de distance dans l'enoncé de Pline l'Ancien», *RPh.* 47, pp. 38-49.
- ULLMANN, S. (1991), *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Madrid, Taurus.